



REALMSLAYER

LA LÉYENDA DEL BUSCAMUERTE

DAVID GUYMER

minotauro



REALMSLAYER

LA LEYENDA DEL BUSCAMUERTE

DAVID GUYMER

minotauro

Realmslayer. La leyenda del Buscamuerte

Published by Black Library, 2023

© Games Workshop Limited

Originally published as *Realmslayer. Legend of the Doomseeker*

Realmslayer, Realmslayer, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2024

Ilustración de cubierta: Anna Lakisova

Revisado por: Agencia Yerro

ISBN: 978-84-450-1861-3

Depósito legal: B. 13.889-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el

91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

—¡*Khazuk!* —rugió Broddur enarbolando el icono de Grimnir Busca-muerte, que, en medio de la cólera cambiante y dorada del mar de lava, parecía fruncir el ceño, como si condenara a un final atroz a quienquiera que hubiera sido lo suficientemente estúpido como para abrir una brecha en las protecciones interiores de la logia Unbak. Broddur metió la barriga y marchó. Hoy haría que su maestro estuviera orgulloso.

Doscientos Matafuegos del fyrd Forn, una sexta parte del Gran Fyrd, marchaban en líneas de a cinco. El Espinazo de la Salamandra era la cadena volcánica más antigua y activa de las tierras conocidas de Aqshy. Allí había caído su dios, en una batalla titánica, y allí se había fundado la primera y mayor logia de Matafuegos. Karag Unbak nunca había sido la más importante de esas primeras logias, pero allí donde las demás habían caído en el abandono y la descomposición, la Unbak había resistido a lo largo de los siglos. La cámara de magma estaba excavada en una isla de basalto en el mar volcánico conocido como Caldur, en las profundidades de la antiquísima montaña. El puente sobre el Caldur se extendía encima del burbujeante océano, desde un atolón rocoso hasta el siguiente, y unía las fortalezas exteriores de la Unbak con la logia principal antes de desaparecer en la misma niebla de aire caliente y ceniza. La mayoría estaban abandonadas; en el pasado habían sido ciudades por propio derecho, pero ahora eran poco más que pabellones de caza y puestos de guardabosques. La lava lamía perezosamente las fortificaciones. El cielo, tal como se veía al otro lado del escudo del volcán, ardía con furia.

Muchas eran últimamente las bandas de guerreros extranjeras en las montañas del Espinazo de la Salamandra y pocas las que eran capaces de resistirse a la tentación de medir su valor con la logia Unbak antes de seguir su camino hacia su guerra en Hammerhal Aqsha.

—¡Unbak! ¡Disgregados, pero con la cabeza bien alta! —rugió Forn aporreándose el pecho con los puños en su trono de guerra de basalto picado a la cabeza de la columna que cruzaba el puente.

—¡La cabeza bien alta! —repitió a voz en cuello Broddur agitando su relumbrante icono.

—¡*Kazhuk!* —bramó al unísono el fyrd, como si la piedra bajo sus pies pudiera partirse.

El hijo rúnico, Forn, era un paladín que se miraba en el espejo de Grimnir. No era un guerrero, sino un luchador. Su pecho descomunal era puro músculo. Tenía un cuello tan grueso que eran necesarios dos duardin para envolverlo con las manos. En sus manos había tantas runas doradas que parecían los martillos de un herrero rúnico y brillaban con un poder que a duras penas era capaz de controlar mientras la hembra de magmadroth que montaba casi a ras de suelo lo balanceaba adelante y atrás. El enorme reptil se llamaba *Escamaamarilla*. Forn la había robado cuando todavía no era más que un huevo y había asesinado a su madre. Su temperamento irritable estaba a la altura del de su jinete.

La abrasadora superficie rocosa que era su boca se escindió para proferir un rugido que sacudió el puente y retiñó en los oídos de Broddur. Cuando este volvió a oír, escuchó la risa de Forn.

—Sé que los venerables de la logia creen que soy idiota y que Aruk-Grimnir me considera inofensivo. —Forn se volvió encima de su altísimo trono para contemplar los yelmos dorados y las altas crestas de los miembros de su fyrd y se dirigió a ellos bramando atronadoramente—: ¿En qué lugar deja eso, entonces, a las bandas que ha puesto a mi mando?

Los integrantes del fyrd respondieron con ovaciones afectuosas. Forn era el menor de los seis hijos de Aruk-Grimnir y la mayoría consideraba que era el que tenía más probabilidades de quemarse antes de tiempo, antes incluso de representar una amenaza en la sucesión de su padre. Mientras los venerables de la logia reaccionaban a su temeridad chasqueando la lengua en señal de desaprobación y negando con la cabeza, sus bandas lo adoraban precisamente por ella.

—Mi padre y mis hermanos resisten con los Guardafogones del Zharrgrim. El maestro rúnico Krag Martillonegro está a punto de completar la gran obra

de su vida y hay que defender las cámaras de magma a toda costa, sea cual sea el enemigo que está esperándonos.

Escamaamarilla emitió otro bramido demoledor y roció de cenizas las primeras filas.

—¡Es una señal de la misma boca de Grimnir! ¡Mientras todos juegan a ser Grungni, el fyrd de Forn hará la guerra!

—¡*Khazuk!*

Un escalofrío recorrió la espalda de Broddur al mirar a su amigo.

—Tu padre estaría orgulloso, hijo rúnico.

—¡Escúchate! —masculló Forn inclinándose sobre el reposabrazos de su trono para que solo le oyera Broddur—. *Hijo rúnico*. ¿Un fyrd de veinte decenas y una docena de guerreros era todo lo que hacía falta para que empezaras a mostrarme el respeto que merezco? Llámame Forn, Broddur, a menos que quieras que comience a llamarte herrero de batallas.

—Los dos haremos que se sientan orgullosos.

La expresión feroz de Forn se agrietó un momento, apenas un instante.

—Después de todo, solo tengo que superar a cinco hermanos. Por lo menos estamos lo suficientemente locos por el oro para intentarlo.

Sacó una larga lanza de la aljaba de piedra tallada en un lado del trono y la agitó en el aire, rugiendo. Sus guerreros, como cabía esperar, lo ovacionaron.

—¿Recuerdas cuando éramos unos flaminovicios, Broddur? ¿Cuando robábamos los moldes de los martillos de la forja de Skorun y jugábamos ser unos guerreros feroces en Az Skorn?

Broddur sonrió al pensar en la rara inocencia del recuerdo. Los reinos eran más duros y abrasadores de lo que les había parecido entonces.

—El Herrador me tuvo trabajando seis meses en su forja para pagar lo que valían aquellos moldes.

—Y ahora te has convertido en un herrero de batallas. Su igual.

Broddur se quitó importancia.

—Yo no diría tanto.

Aun así, alzó la vista al rostro que coronaba el asta del icono. Estaba realizado con ur-oro y acero, y se había rematado con una barba de tiras de piel de magmadroth tachonadas con rubíes y citrino amarillo. Sus ojos, apenas unos orificios en el metal, eran profundos y tenían la expresión seria que les correspondía. Grimnir se representaba con un centenar de aspectos. Pocos fuera de los duardin eran capaces de distinguirlos,

pero para los Matafuegos eran tan diferentes como lo podría ser una forma de oro de otra. Sin embargo, incluso entre ellos, solo el herrero de batallas de la logia se había ganado el derecho de forjar su imagen y relatar sus hazañas.

—Grimnir el Buscamuerte —dijo Forn siguiendo su mirada. Hablaba ahora con voz grave, como correspondía. A la hora de referirse al Dios Disgregado, el abatimiento del ebrio o la furia trascendental eran los únicos estados aceptables—. Cuando jugábamos era tu favorito —gruñó entre dientes el hijo rúnico, pero fue incapaz de reprimir la ligera sonrisa que Broddur encontraba amenazadora—. Siempre querías que yo hiciera de Vulcatrrix.

—Alguien tenía que ser Vulcatrrix.

—Y yo también un hijo rúnico.

Broddur suspiró cuando regresaron al momento presente desde esa evocación del pasado.

—Hay algo en ese rostro que siempre me habla.

—Bueno, ahora te pertenece. Así que demuestra a ese Herrador que no solo eres hábil con el martillo y las tenazas.

Broddur asintió y alzó en alto el icono. Las tiras con las piedras preciosas revolotearon con el aire caliente que ascendía desde la superficie del Caldur. Bajó la mano libre al cinturón y tocó las cuentas de los episodios históricos que él mismo había tallado a partir de cubos de oro macizo.

—¡La tierra tembló! —rugió, proyectando la voz como lo haría su maestro para dirigirse a la columna de marcha del fyrd—. ¡El cielo lloró fuego! ¡Siete veces hendieron las hachas de Grimnir las escamas fundidas de Vulcatrrix y siete veces recibió el ataque feroz de la ur-salamandra! A media que Grimnir luchaba, se inflamaron su barba y su cresta, pero con más ferocidad ardía la rabia asesina en su corazón. Y cuando Grimnir por fin se montó a horcajadas en el cuerpo de su enemigo, la tierra respondió con una furia que convirtió las montañas en llanuras y las llanuras en océanos. Pero Vulcatrrix, llena de rencor, no estaba dispuesta a permitir que un dios la derrotara.

—*Dreng tromm.*

—La ur-salamandra empleó su fuego contra sí misma. Pese a su agonía, su aliento quemaba más que el del mismísimo Gran Draco Dracothion, el abuelo de todos los dragones, y con ese último hálito acabó consigo misma y con Grimnir.

—¡*Dreng tromm!*

—La cima de nuestros antepasados se desmoronó y la Alta Estrella de Azyr mostró su cara blanca en nuestras cámaras. Mucho fue el ur-oro que cayó sobre ellas y muchos los magmadroths incubados en los fuegos de abajo. La renombraron Karag Unbak. El Volcán Destruído. ¡Somos los hijos de Grimnir! ¡Luchamos como lo hizo Grimnir! ¡Su fuerza es nuestra fuerza! —bramó a pleno pulmón Broddur, y su voz encontró una fuerza para la que no le habían preparado las incontables horas de práctica delante de los espejos de su forja privada—. ¡Somos la logia Unbak! ¡Disgregados pero con la cabeza bien alta!

—¡La cabeza bien alta! —rugió Forn.

—¡*Khazuk!*

—¡*Khazuk!*

—¡*Khazuk kazakit-ha!*

—Tal vez los dos hagamos que nuestros maestros se sientan orgullosos de nosotros, después de todo —dijo Forn mientras las aclamaciones se apagaban.

Los Matafuegos se detuvieron delante de las brillantes puertas amarillas y semiderretidas de Az Skorn, al final del puente sobre el Caldur. La isla había sido bautizada con ese nombre porque, cuando se observaba desde la hendida caldera volcánica que se alzaba muy por encima de ella, su contorno recordaba al de un hacha. Cuando Broddur era más joven le había preguntado al Herrador si había sido el hacha de Grimnir. Su tutor se echó a reír y le dijo que no, que el hacha de Grimnir sería mucho más grande. Por lo común, el puñado de castillos sería el hogar de una banda de exploradores, un pequeño puesto comercial, y donde podría encontrarse más o menos flaminovicios dependiendo de la hora del día. Sus muros de oro se tambaleaban con el calor. El silencio era absoluto.

—¡Preparad las armas y esperad! —bramó Forn golpeando a *Escamaamarilla* con la punta de la jabalina para que se detuviera con el resto del fyrd—. ¡Guardafogones, conmigo!

Los guerreros de elite de la logia lucían unos elaborados yelmos dorados y unas resistentes faldas confeccionadas con escamas de magmadroth. Formaron alrededor de *Escamaamarilla* y presentaron las abrasadoras picas.

—¿Lo ves? —preguntó Forn perforando con su lanza la niebla mágica.

Broddur entrecerró los ojos.

—No veo nada.

—Eso es porque mientras yo cazaba magmadroths tú te dedicabas a mirar con los ojos entrecerrados el klinkerhun y a comer pasteles de cerveza de la Matrona.

Broddur dio unas palmaditas a su voluminosa barriga.

—Ella dice que tengo la espléndida figura de un duardin.

—Tienes la figura espléndida de al menos tres duardin, y ella tendría que decírtelo porque en gran medida es obra suya.

—Un momento —dijo Broddur haciendo callar las risitas de los Guardafogones y mirando fijamente al frente.

El contorno de algo sólido había aparecido en la movediza niebla. Parecía acercarse desde las puertas.

—¡Sangre y oro! —espetó Forn—. ¡Enseñadles vuestro fuegoacero!

Se oyó un silbido, como de acero caliente retirado del yunque, cuando el fyrd preparó las armas.

La imponente figura achaparrada salió con paso lento de la niebla.

Broddur bajó el icono. Se sintió bastante idiota.

—Es... es un duardin.

Forn maldijo y volvió a meter la jabalina en la aljaba casi como si la arrojara.

—¡Una oportunidad para ganar honor y oro mientras mis hermanos están en otra parte! ¡Una sola! ¿Es que pido tanto?

—Debe ser un comerciante de alguna de las fortalezas exteriores —murmuró Broddur.

—Me da igual si es el cervecero favorito de Grimnir. ¿Qué hace en el Caldur?

Broddur se encogió de hombros.

—¿Un miserable duardin? —gruñó Forn—. Hemos reunido todo el fyrd por un duardin... A mis hermanos les encantará la historia. Condenado Martillonegro. Malditos él y su runa maestra. Voy a cogerla cuando todavía esté al rojo vivo en el yunque y se la meteré por el *grimaz*.

Se bajó del trono de batalla con gesto ceñudo y refunfuñando, le dio una patada en el tobillo a *Escamaamarilla* para que le quedara claro que debía quedarse donde estaba y enfiló hecho una furia en dirección al duardin que caminaba hacia ellos.

Broddur intercambió una mirada con el karl del hijo rúnico de los Guardafogones. Estando de ese humor, Forn no tardaría en arrojar de cabeza al Caldur al desdichado comerciante duardin y después continuaría hasta la Gran Carretera de Ceniza para hacer preguntas.

Los dos blandieron sus respectivas astas pesadas y se apresuraron a seguirlo.

La figura que se acercaba dando tumbos desde la niebla era en efecto un duardin, pero no se parecía en nada a ningún Matafuegos que Broddur hubiera visto. Su barba era de un ardiente color naranja, pero no era, como en el caso de las barbas de Broddur y Forn, el espíritu vivo de Grimnir lo que la inflamaba. Estaba teñida; se atisbaba un color castaño en las raíces de los pelos. Igualmente, su cabello formaba una cresta aplastada y un poco chamuscada que recordaba vagamente el estilo de la logia Unbak, pero sin el yelmo de guerra que, por lo general, le ayudaría a mantener la forma. En cuanto a su constitución, era grande, más incluso que Forn, y mucho más musculoso.

—Es un furiadusto —musitó con temor Broddur.

—Tonterías —repuso Forn—. No lleva encima ni una sola runa.

Eso precisamente, pensó Broddur, era lo más inquietante de todo.

Unos tatuajes con aspecto primitivo cubrían la piel del duardin, que llevaba unos brazaletes de oro ennegrecido y llenos de arañazos ceñidos en los brazos y arrastraba por el suelo unas cadenas de acero rotas que debían de haber tenido armas enganchadas en el pasado. Sin embargo, en su cuerpo no se veía nada del ur-oro que proporcionaba a los Matafuegos el vigor y la fuerza de su dios caído.

—Tiene un aspecto más brutal incluso que tu padre, Forn.

Broddur oyó por encima de los rugidos del Caldur cómo el hijo rúnico apretaba los puños. La runa incrustada en su bíceps hinchado comenzó a arder.

—Solo es un duardin de alguno de los clanes de los Desposeídos vestido como un Matafuegos. Menuda suerte la mía —dijo gesticulando con vehemencia hacia el duardin aparentemente inconsciente—. ¿Y bien? ¿Qué tienes que decir a tu favor, estúpido *wanaz*?

El duardin se detuvo y se tambaleó al volverse con gesto ceñudo hacia el hijo rúnico y sus Guardafogones. Sus ojos fijaron la mirada lentamente. Las gotas de lava que se le aferraban al cuerpo emitían un siseo.

—Por la sangre de Grimnir —masculló Broddur—. Es como si acabara de salir del interior del volcán.

—Lo más probable es que se emborrachara y se cayera al volcán.

El extraño duardin miró a los Matafuegos como si hubiera algo en su existencia que lo enfureciera.

—Demonios disfrazados de enanos de fuego y diminutos dragones sin alas —refunfuñó con una voz tan cascada y áspera como la piel quemada—. ¿En qué remoto lugar de los Reinos del Caos he caído esta vez?

—Estás en medio de un lamentable bochorno —dijo Forn, que cubrió la distancia que los separaba y pegó la cara a la del otro duardin. El olor a pelo quemado penetró en las fosas nasales de Broddur cuando sus crestas se enredaron—. ¿Tan zopenco eres que no te das cuenta de que Karag Unbak está en...?

Cualquiera que fuera la pregunta que el hijo rúnico pretendía hacer acabó con un alarido de dolor cuando el desconcertado intruso le mordió la nariz. Los cartílagos crujieron entre sus dientes parduzcos y sangre y mocos le salpicaron la desaliñada barba cuando Forn profirió un rugido ahogado. El otro duardin lo apartó de un empujón y le escupió sangre y trozos de piel a la cara. Se pasó la lengua por los labios, que se escindieron para componer una brutal sonrisa sin atisbo de alegría.

—Sabe a enano. Un esfuerzo decente, demonio.

—¡Soy el sexto hijo de Aruk-Grimnir! —chilló Forn agarrándose la nariz mutilada con una mano. Las runas incrustadas en su cuerpo se inflamaron una a una a medida que su cólera crecía—. ¡Voy a matarte...!

El duardin le dio un puñetazo en la cara.

El hijo rúnico se tambaleó y parpadeó como si se afanara en despertar de una espantosa pesadilla antes de estrellarse contra el suelo con un estruendo de armadura de fuegoacero y escamas de magmadroth.

Broddur se quedó mirando horrorizado a su amigo inconsciente. Podían decirse muchas cosas sobre Forn Aruksson, pero nadie había puesto en duda nunca su capacidad para recibir un golpe en la cabeza. La cara del icono que blandía pareció reclamar su atención.

El duardin se sacó un trozo de piel de entre los dientes y lo arrojó de un capirotazo al cuerpo tendido del hijo rúnico.

—Malditos sean los Dioses Oscuros. Lucha si vas a luchar o sonríe tontamente por tus infaustos linajes si lo prefieres. Pero ten en cuenta que Gotrek Gurnisson va a hacer lo primero.

El duardin, que al parecer se llamaba Gotrek, avanzó con paso tambaleante, como si fuera un púgil grogui, hacia el resto de los Guardafo-gones.

—Ahora no me hagáis escoger entre vosotros —gruñó—. ¿A qué viene esa timidez? ¿Qué clase de demonios sois?

—¡Defended al hijo rúnico! —bramó el karl de Forn cuando los Guardafogones tardaron en calar sus picas de magma.

Los chorros de roca fundida impactaron en el pecho de Gotrek, que se tambaleó como una bestia aturdida. Maldijo cuando se dio cuenta de que tenía que arrastrar una de sus piernas porque el magma, al enfriarse y endurecerse, le fijaba el pie al suelo.

—¿Eso es todo lo que tenéis? —bramó Gotrek—. ¿Rocas?

Los Guardafogones dispararon otra ráfaga de magma con sus picas y se lanzaron a la carga. Dos guerreros veteranos se abalanzaron sobre el duardin, uno encima de cada uno de sus hombros, con la intención de tirarlo al suelo, pero lo único que consiguieron fue liberarle el pie atrapado. Gotrek se tambaleó un poco y chocó sus cabezas. Los dos Guardafogones se desplomaron como dos pellejos enrollados. Los otros cuatro que quedaban se lanzaron al ataque berreando y entrelazaron los brazos.

—¿De dónde... ha sacado... tanta fuerza... sin runas? —oyó Broddur que jadeaba uno de ellos.

Con un rugido enfurecido y uno de los Guardafogones sujeto debajo del brazo, Gotrek se abrió paso a empujones a través del tumulto.

—Parecéis enanos, pero lucháis como elfas.

Broddur volvió a sentir que la cara del Buscamuerte de su icono pedía su atención.

Gotrek Gurnisson reía a carcajadas, incluso cuando un diente le salió volando de la boca por el puñetazo de un Guardafogones. Otro duardin le aporreaba la cabeza y un tercero le tiraba de la barba. El Guardafogones que estrangulaba debajo del brazo le daba furiosos codazos en el estómago. Todavía rugía y maldecía cuando el resto del fyrd de Forn, doscientos guerreros en total, rebasó a Broddur bramando para sumarse a la refriega.